

## **MISION DE LA FACULTAD DE MEDICINA**

Ha sido tradicional costumbre entre los estudiantes de medicina presentar, para obtener el doctorado, un trabajo casi siempre de carácter científico.

Influenciado, quizá, por un estudio que leyera de don José Ortega sobre la misión de la Universidad, he pensado que tal costumbre, aparentemente digna de entusiasmo, es un profundo error que obstaculiza no sólo el verdadero progreso de la ciencia entre nosotros, sino también el desarrollo de la profesión médica en Colombia.

En efecto: el fin primordial de la Facultad es formar profesionales y no sabios. Individuos suficientemente capacitados para ejercer honorablemente la profesión sin constituir un peligro social. De modo que el médico, como médico solamente, no tiene la obligación de ser científico. No tiene para qué entrometerse en predios que no le corresponden. Con saber a conciencia lo que los sabios han descubierto basta y sobra. Lo demás es enredar los papeles, tergiversar los destinos, equivocarse de camino.

En el ambiente de la Facultad se ha respirado siempre un falso científismo de mala ley. El estudiante desde que pisa el Hospital hasta el día de su grado, está inventando teorías científicas y aparentando un espíritu de investigador de que adolece; para crearse entre sus compañeros un renombre de inteligencia que procura hacer llegar por todos los medios posibles hasta los ingenuos habitantes de la ciudad a donde futuramente irá a ejercer su profesión.

Todo su afán estriba en laborar una tesis rigurosamente científica, absolutamente experimental. Sobre un tema originalísimo, plantea y resuelve, casi siempre, un problema que hasta entonces ningún sabio había imaginado. Pero lo grave del caso es que las directivas estimulan con la verde frescura del laurel este desgraciado empeño, sin darse cuenta del perjuicio que entraña para la verdadera ciencia, como quira que allí no hay legítima vocación científica. Aquello no se hace por el innato deseo de investigar, de crearse problemas y tener el placer, y solamente el placer, de resolverlos. Aquello se hace para hacer dema-

gogia, para crearse fama ante el vulgo y así atraer mejor clientela. Es una manera muy efectiva de comerciar, de *épater les bourgeois*.

El caso es que después de la tesis de grado jamás vuelven a investigar; y si lo llegan, debajo del artículo científico se cuidan mucho de poner la dirección del consultorio. La ciencia no es eso. Es algo más grande, más limpia, y menos interesada. Es lo más romántico que existe. Como todo apostolado: duro, amargo y sin ambiciones personales. Por eso no todos pueden ser científicos. Se necesita nacer excepcional. Dedicarle la vida llena y totalmente. Renunciar al lucro de la profesión, a la clientela, al renombre popular, renunciar casi a todo, hasta a la misma gloria. El sabio no tiene más derecho que el regocijo íntimo de despejar una incógnita en la ignorada penumbra de su laboratorio. Ser científico en estos tiempos equivale a ser apóstol. Lo demás es charlatanería, simple negocio y sucia vulgaridad.

Yo no es que diga que la Facultad no debe producir científicos. Debe propender por ellos, naturalmente, como parte de su misión social. Pero lo que yo no quiero es que se desvíen los fines, que se ofusquen los senderos que deben ser limitados y claros, que se despliegue la ciencia como una tienda de quincalla para que al amparo de su sombra bienhechora se sienten los gitanos ávidos de cobres a vender su específico.

La Facultad debe producir médicos puros y científicos puros. Si no aparece más que una vocación científica cada cincuenta años, nada importa. Sirve más para la ciencia un verdadero sabio cada mil años, que doscientos judaizantes todos los días. Es verdad que la vocación científica es escasa. Actualmente no parece ninguna. Lo único que se nota hoy es una voracidad quirúrgica aterradora. Todo el mundo quiere ser cirujano y murmuran contra los profesores porque no se les deja intervenir todas las veces. Hé aquí otro error. Antiguamente, cuando la medicina en Colombia apenas empezaba, y no existía la concurrencia profesional, el médico necesariamente debía ser, además, cirujano. Pero hoy, cuando la concurrencia ha lanzado por lo menos dos médicos a cada pueblo, creo indispensable que estas dos ramas se limiten y separen francamente.

Es claro que el médico debe tener nociones de cirugía para que pueda intervenir en casos de urgencia en que no se halle pronto un cirujano. Y está por demás decir que el cirujano, para ser bueno, debe tener una formación médica completa. Pero lo malo es que un solo individuo ostente el título de "Médico y Cirujano". La realidad nos enseña que quien se dedica a la medicina abandona la cirugía, y lo contrario. Pero el público no distingue esto y por eso vemos muchas veces cómo un médico, que no ha aprendido jamás a echar un nudo siquiera,

tiene que intervenir, por lo menos como ayudante, para no perder el cliente que acudió a su consultorio, engañado por el doble título de *médico y cirujano*.

Y no se objete que hay muchos médicos en provincia que operan donde pueden, hasta sobre un mostrador, y siempre con gran éxito. El progreso de la cirugía ha complicado la técnica hasta el punto que los dedos del clínico, videntes para el tacto, se tornan temblorosos y torpes sobre el campo quirúrgico. Además, la cirugía no es sólo la habilidad del cirujano, es también la sala, la mesa de operaciones, el instrumental; en una palabra, el ambiente quirúrgico. El estudiante que tenga alma de cirujano y seguridades de poder establecerse en un centro quirúrgico, que se haga cirujano. De otro modo, debe dedicarse exclusivamente a la medicina. Para esto, bastaría que, al terminar los seis años de estudios reglamentarios tal como hoy existen, se le obligara a internarse por dos años en una clínica médica, si va a recibir el título de médico; quirúrgica, si el de cirujano, o en un laboratorio si va a dedicarse por entero a la ciencia.

De este modo la Facultad cumpliría con su triple misión: la de hacer cirujanos, médicos y científicos. Eso sí, intensificando mucho más los estudios de Biología, Física y Sociología; y estableciendo los de Historia y Filosofía; es decir, dándole cultura al estudiante. Porque, es triste, pero hay que decirlo, el estudiante de medicina no recibe de la Facultad la cultura necesaria para poder vivir decentemente a la altura de su tiempo. Carece del conjunto de ideas indispensables para poder ocupar el puesto que le corresponde en el conglomerado social. El sistema de ideas que tiene sobre el mundo y sobre el hombre es tan pobre, tan elemental, tan abandonado como el de cualquier simple vulgar. No se ha formado todavía, no digo una concepción científicamente materialista del mundo, eso sería pedirle demasiado, pero ni siquiera es capaz de defender sofisticamente la errada concepción idealista que tan mal aprendiera en las encrucijadas conventuales del más puro escolasticismo medioeval.

Por eso encontramos por ahí a tanto médico que al sacarlo de su oficio es un perfecto bárbaro irredento. Es necesario que la Facultad produzca médicos cultos, cirujanos cultos y científicos cultos. La especialización es conveniente, y deben separarse clara y distintamente el médico, el cirujano y el científico, pero todos unidos íntimamente, ligados armoniosamente, por el cemento indispensable de la más sólida cultura.

**Gonzalo Buenahora.**